

Sheila Shermet

"Ser intérprete es como seguir un camión lleno de explosivos"



Entre el lunes 22 y el sábado 27 de mayo, Sheila Shermet -profesora del Monterey Institute of International Studies- coordinó en la sede del CTPCBA el curso *Consecutive Interpretation of Spanish Speeches into English*, orientado fundamentalmente para traductores del inglés al castellano. Estos son los pasajes más destacados de la extensa charla que mantuvo con los integrantes de la Comisión de Interpretación.

Sheila Shermet es una profesional exitosa, una madre feliz y está embarazada de su tercer hijo. Nacida en una familia de diplomáticos norteamericanos, creció viajando por el mundo, fue educada en francés y vivió en Montevideo. El contacto con otras lenguas pronto despertó en ella una vocación con la que llegaría a destacarse. Fue miembro del equipo de intérpretes del Departamento de Estado, trabajó para la embajada norteamericana en París y actualmente es traductora de los gobiernos de Estados Unidos y Canadá. Egresada de la École Supérieure d'Interprètes et des Traducteurs (ESIT) y profesora del Monterey Institute of International Studies, investiga la aplicación de los estilos de aprendizaje para capacitar al intérprete y el uso de la oralización como aptitud. Convocada por la Comisión de Interpretación, su curso en el CTPCBA dio cuenta de los tres momentos fundamentales de la traducción consecutiva: escuchar, escribir y producir. En la primera parte, Shermet puso particular énfasis en las aptitudes auditivas y de concentración, mientras que en la segunda desarrolló su técnica para la toma de notas. Por último, abordó el problema específico de la producción a partir de la idea de que la traducción consecutiva es la base de toda buena interpretación simultánea.

-¿Cómo se formó? ¿De qué manera llegó a ser intérprete y a dedicarse a la didáctica de la interpretación?

-Bueno, empecé de chica. Mi padre era

diplomático y viajábamos mucho. A mi madre no le gustaba hablar idiomas extranjeros si no lo hacía perfectamente, de modo que le serví de intérprete durante muchos años. Cuando tuve que escoger la carrera, me dije: ¿qué voy a hacer? Hablaba francés perfectamente. ¿Me iba a ir a París? No, primero me fui a España. Había aprendido español y portugués, pero necesitaba mejorarlos. Estuve allí un buen tiempo y luego sí me fui a Francia. Tenía veintiún años. Quise entrar a la ESIT, pero me dijeron que era demasiado joven, que a esa edad no podía tener todavía la madurez necesaria para ejercer la profesión de intérprete. Creo que tenían razón. Yo estaba furiosa, pero con el tiempo me di cuenta, observando a mis alumnos, de que la madurez, y no sólo la madurez intelectual, sino sobre todo la madurez emocional, lo ayudan a uno a tomar distancia de lo que está diciendo una persona. Hay que tener para eso una experiencia de vida.

-¿Qué hizo después de que no la admitieran? ¿Regresó a los Estados Unidos?

-No, me quedé un año más en París. Como ustedes saben, en la ESIT hay que dominar la interpretación consecutiva antes de pasar a la simultánea. Yo tenía un gran problema de contaminación entre el francés y el inglés, no sólo porque había sido educada en francés, sino sobre todo por un problema psicológico: disimulaba el hecho de ser norteamericana. En cualquier lugar del mundo donde me subía a

un taxi, la gente protestaba contra la política extranjera de los Estados Unidos y yo no quería saber nada, no me sentía parte de eso. Tenía incluso un cierto...

-Rechazo...

-Más bien tenía vergüenza de ser estadounidense. De todos modos, regresé al año siguiente a los Estados Unidos e ingresé al Monterey Institute, aunque sólo con la idea de continuar mi entrenamiento, porque en enero quería volver a la ESIT. Pero me gustó tanto el Monterey Institute que me quedé. Me gustaba el método con el que enseñaban la interpretación simultánea. La veían como cualquier otra capacidad, como si se tratara de jugar al tenis o tocar el piano. Uno tenía que practicar mucho. Entonces había un laboratorio, el profesor ponía cintas, uno practicaba con el mismo discurso hasta conocerlo de memoria. En la ESIT, que era una escuela pública sin muchos recursos, muchas veces no había dónde practicar. Recuerdo haberlo hecho en el corredor, en las escaleras. La ESIT era gratis. En Monterey, en cambio, había que pagar. Pero, siendo norteamericana, también me era más fácil trabajar para financiar mis estudios. Así que me quedé y empecé a estudiar... Me endeudé para hacerlo... Yo tenía la intención de volver a Europa, porque en aquel entonces -hablo del '86 - Portugal y España habían accedido a la Unión Europea y estaban desesperados por cabinas inglesas, sobre todo del portugués. Entonces mi idea era casarme e irme a Portugal, traba-



jar en el idioma, hacer el examen y que mi esposo me siguiera cuando pudiera... Yo tenía apenas veinticinco años cuando terminé la cosa y bueno... me faltaba madurez. Encima decidí casarme la semana después de los exámenes. Tuve que pasar dieciocho exámenes para la Maestría: en aquel entonces se hacía traducción simultánea y consecutiva, en temas técnicos y generales, en ambas direcciones: del francés al inglés y viceversa, lo mismo con el español. Muy arrogante, invité entonces a mi familia (que tenía que venir del Este) a asistir a la graduación y al casamiento para ahorrar dinero. Sin darme cuenta de que iba a tener la desgracia de reprobar mis exámenes. Nunca había fallado en nada en mi vida ¡Qué vergüenza! Pero aprendí mucho psicológicamente, sobre todo porque tuve que esperar para darlos de nuevo en agosto. Después de estar casada tres meses, me di cuenta de lo que es el casamiento, de que una no puede abandonar al marido persiguiendo sus sueños. Ese tiempo fue suficiente.

-¿Volvió a Europa después de los exámenes, como tenía pensado?

-Todo el mundo me decía: "No te podés quedar en California. Es imposible ejercer la profesión desde aquí. Tenés que volver a Europa." El mensaje era muy claro, así que me quedé... Tuve la suerte de que el decano me recomendará para la oficina de francés del Departamento de Estado. Para entrar, debí rendir un examen de tres niveles. La experiencia en el Departamento de Estado me hizo perder el miedo a la interpretación y a cualquier otra cosa en la vida. Por ejemplo, hasta esa altura no había conducido mucho. Me veía obligada a llegar a una ciudad desconocida, alquilar un coche y conducir en cualquier condición. Trabajaba más de diez horas, iba y venía todo el tiempo. Pero con eso aprendí muchísimo y tuve una buena formación.

-¿Eligió luego alguna especialidad?

-Bueno, mi especialidad ha sido desde entonces el mercado privado norteamericano - Canadá y Estados Unidos-, donde trabajo en cabina francesa-inglesa e internacional. Hago más bien una cabina inglesa, con español, portugués y francés. Se trata, sobre todo, de conferencias de índole hemisférica, destinadas a toda América Latina. De ahí que necesiten el español y el portugués. Me ocupé de temas altamente políticos o muy técnicos. Pero mi especialidad, cuando estoy en California, viene a ser el vino.

-¿La industria vitivinícola?

"Mientras los seres humanos deseen comunicarse, habrá interpretación. La interpretación es un ámbito donde el contacto humano es imprescindible"

-Sí, me encanta. Es un ámbito apasionante. Los clientes suelen ser personas inteligentes, muchas veces con estudios de enología, pero también gente de campo. Son agricultores, al fin de cuentas. Me gusta mucho ese equilibrio. Son personas fantásticas. El trabajo es arduo, lo reconozco. Es un terreno muy difícil porque se puede hablar de todo: desde los tipos de uva hasta los bichos que atacan la cosecha.

-¿Cómo se da en usted la relación entre la práctica profesional y la docencia? ¿Inciden una sobre la otra?

-En lo que a mí concierne, creo que el ejercicio de la profesión incide sobre mi forma de enseñar, y no a la inversa. Cuando tengo experiencias difíciles, me vienen ganas de transmitirles a los alumnos. Quiero contarles cuál fue la solución que encontré. La velocidad, por ejemplo, suele ser un gran problema para todos. Al egresar, yo no tenía entrenamiento. Cuando me enfrenté con los primeros oradores rápidos, tuve grandes problemas. Así que ahora, en el final del semestre, trabajo mucho la velocidad con ellos: hasta exageradamente, porque creo que es preferible sobrecapacitar a la gente que no hacerlo lo suficiente. Acostumbro grabarme, como una forma de autoevaluación. Desco comparar lo que hago realmente con lo que digo a mis alumnos que hay que hacer. Quiero ser honesta. Porque es muy fácil enseñar una cosa, pero hacer otra. Muchas veces pido también permiso a mis colegas para grabarlos, de modo que mis alumnos conozcan otras modalidades en el trabajo de los tiempos, del vocabulario...

-¿Busca darles modelos?

-Ser intérprete es más o menos como seguir un camión lleno de explosivos. Si uno lo sigue de muy cerca y el hombre se para de golpe, seguro se producirá un choque y habrá una explosión. Pero, si uno lo sigue de muy lejos, corre el riesgo de que el hombre acelere y se pierda de vista. Eso tampoco conviene. Hay que encontrar la distancia justa. Esa ha sido una de mis preocupaciones principales. Siempre qui-

se saber si había diferencias de un idioma a otro, si todo el mundo trabajaba de la misma manera... Esa inquietud jugó un papel muy importante en mi manera de enseñar: lo que estuvimos haciendo durante todos estos días con el sujeto, el verbo y el objeto -el microanálisis, como lo llamé- es el resultado de observar a mis colegas, de examinarlos a mí misma y tratar de entender cuáles son los factores que inciden en cada decisión.

-¿Así llegó a crear el método de toma de notas que aprendimos?

-Realmente no puedo decir que el método sea mío, ya que es el de la ESIT. Sólo he agregado una fundamentación y una comprensión tal vez más sistemática. En otras palabras, en la ESIT a uno lo lanzan al agua y aprende a nadar o no. Uno se las tiene que arreglar con el método que le enseñaron. Solamente los que están naturalmente dotados salen nadando. Los que necesitan un poco más de ayuda se ahogan. A mí siempre me costó trabajo, por qué no decirlo. Soy una de esas personas que para aprender necesitan comprender lo que están haciendo. De modo que lo que hice fue recopilar todas las ideas que andaban dando vueltas en la ESIT y que nadie tenía muy en claro. Me limité a poner un poco de orden y explicación en el sistema. Muy distinto es lo que ocurre con la traducción simultánea. Ahí sí estoy haciendo algo nuevo.

-¿Y por qué no nos cuenta un poquito? ¿Qué es lo nuevo?

-Es tan difícil explicar esto en español. Por ejemplo, el análisis que hicimos del sujeto, el verbo y el objeto - eso de cortar las frases en pedazos, de examinar las relaciones y la lógica de la idea, descomponiéndolas en unidades más pequeñas- creo que nadie lo enseña de manera tan explícita como lo hago yo. Cuando egresé, lo hacía ya de manera inconsciente. Y perfeccioné este método por una razón muy rara: cuando trabajaba para el Departamento de Estado, muchas veces tenía que trabajar en los almuerzos y cenas. Como estaba sola, era la única voz para todo el mundo:



inglés, español, francés... Entonces no sólo aprendí a pedir sopas y otros platos que se comían fácilmente, sino también a guardar cosas entre un bocado y otro para hacer luego la interpretación. Así fue que descubrí la distancia que necesitaba tener. Fue una experiencia incorporada de manera inconsciente porque no tenía otro remedio para sobrevivir. Pero con el tiempo incidí en mi manera de trabajar y analizar las cosas. Más tarde, cuando empecé a trabajar con personas que no son angloparlantes pero que trabajan en inglés, me di cuenta de que era necesario tener una fraseo más simple. Como dije el otro día, si estamos comiendo carne y la cortamos en pedazos muy grandes, vamos a atragantarnos. Pero, si la cortamos en pedazos pequeños, podremos comerla sin problemas. Lo mismo vale para cualquier tema técnico, aunque sea de un nivel muy difícil: cortándolo en pedazos pequeños por lo menos algo se entiende.

-Usted habló de sus diferencias con la metodología de enseñanza de la ESIT. ¿Hay, además, alguna otra forma de abordar la interpretación? ¿Hay, por ejemplo, un enfoque europeo y otro norteamericano?

-La escuela de Monterey, como dije, me gustaba más que la ESIT, acaso porque eran, para decirlo de manera un poco gruesa, un poco más simpáticos.

Pero, en cuanto a los métodos propiamente dichos, hay que decir que el cuerpo docente de idiomas europeos de Monterey proviene, en su totalidad, si no de la ESIT, de Ginebra y de Alemania. No hay grandes diferencias metodológicas. Más o menos están todos de acuerdo. Donde al parecer hay una diferencia marcada es entre los idiomas asiáticos y europeos, pero la verdad es que no sé mucho al respecto. Hace poco pude asistir a una cabina china, fundamentalmente por curiosidad intelectual. Quería ver si los métodos de interpretación aplicados a los idiomas europeos funcionaban bien con el chino en

inglés, ya que siempre los especialistas sostienen que es algo inconmensurablemente diferente... Yo me convencí, al igual que algunos de ellos, de que en realidad eso no tiene sentido. La gente se comunica de todas maneras, ya sea china, francesa o argentina. La comunicación es universal y más o menos se reduce a unos cuantos motivos: el dinero, el poder y otras cosas que no voy a decir. Los chinos no son tan distintos.

-¿Cree que las nuevas tecnologías influirán en nuestra tarea de interpretación y traducción? ¿Por ejemplo, los sistemas de reconocimiento de voz llegarán a afectarnos?

-Siempre surge la pregunta de si la máquina puede reemplazarnos. Estoy convencida de que no. Es evidente que los avances tecnológicos tienen en este momento más consecuencias para los traductores que para los intérpretes. Sin embargo, creo que no afecta el fondo de la profesión. Internet facilita mucho el trabajo de preparación, de investigación y búsqueda de vocabulario. Los intérpretes se llevan sus computadoras portátiles a la cabina. Por supuesto, a la vieja generación no le gusta, se siente un poco invadida. Pero es muy práctico porque se pueden buscar las palabras ahí mismo, porque entre los turnos se puede buscar material sobre el tema o prepararse para la siguiente conferencia... En cuanto a los traductores, hay tantas herramientas nuevas que, por ejemplo en Monterey, hasta la Maestría ha tenido que modificarse. Cada vez va a ser más difícil sobrevivir en el mercado de trabajo sin un conocimiento suficiente de las nuevas tecnologías. Pero esto no es nuevo. Nuestra profesión siempre acogió los impactos tecnológicos: el teléfono, el fax, la teleconferencia, el video... En los Estados Unidos, casi todos los trabajos de traducción se gestionan, se contratan y se hacen por correo electrónico. Los intérpretes, en cambio, seguimos trabajando por teléfono. Es raro, pero somos más lentos en ponernos al día. Tal vez porque no estamos obligados. La tecnología es más bien una cosa dirigida por el cliente. El traductor se adapta a una situación de hecho creada por el mercado. Nosotros no tenemos tanto esa presión.

-Su diagnóstico es más bien optimista.

-Miren, hace diez años se decía que el gran futuro en la interpretación simultánea era la conferencia por video, que la gente ya no iba a viajar más, que no iba a haber más congresos. ¿Se produjo?

Todos hemos hecho una o dos conferencias por video, pero nada más. Mientras tanto, se han multiplicado como nunca los coloquios y los encuentros internacionales. A la gente le gusta viajar, encontrarse cara a cara, y la tecnología lo ha hecho posible. Mientras los seres humanos deseen comunicarse, habrá interpretación. La interpretación es un ámbito donde el contacto humano es imprescindible.

-Como intérpretes, todos hemos pasado por situaciones embarazosas o incómodas: ¿qué anécdota recuerda usted particularmente?

-Creo que la más divertida es en realidad una travesura. Hace unos años, con una colega con la que solía compartir la cabina, inventamos un juego. Elegíamos al azar una palabra totalmente ajena al tema tratado y buscábamos incluirla, como fuera posible, en algún tramo de la interpretación. Estábamos en un congreso de medicina, si mal no recuerdo, y la palabra elegida esta vez fue "camello". Al cabo de varias horas de interpretación simultánea, no habíamos podido encontrar ningún contexto en el que la palabra pasara inadvertida, sobre todo a los oídos del presidente del Congreso, que hablaba perfectamente inglés y francés. Hasta que al final, durante el cierre de las actividades, uno de los expositores, que era egipcio, se dirigió a las autoridades y expresó en francés su deseo de que alguna vez se realizara un congreso tan importante en El Cairo para que los asistentes tuvieran la ocasión de admirar las pirámides. Era nuestra oportunidad y no podíamos dejarla pasar. Aprovechando que el presidente cabeceaba de sueño, agregamos enseguida a la visita a las pirámides un paseo en camello. El presidente pareció sobresaltarse y, emergiendo de su sopor, tomó el micrófono y dijo que le parecía una idea formidable, ya que al fin podría cumplir después de muchos años con la promesa que le había hecho a su esposa de llevarla algún día a pasear en camello. Siguió hablando durante un rato y, al terminar, lo aplaudieron de pie. Nosotras no sabíamos qué hacer. Nos sentíamos profundamente avergonzadas y decidimos pedirle disculpas a la salida. Le dijimos que habíamos cometido un error, que el expositor no había dicho jamás la palabra "camello", que era algo que se había deslizado en la traducción. "¿Cómo que no lo dijo?", replicó el presidente, haciendo gala de su bilingüismo. "Yo mismo lo escuché." 